



LAUREANO BARRAU.

y satisfacción del arte patrio no se circunscribe á nuestro país, conforme lo atestiguan los elogios tributados á sus obras en la capital de la vecina nación.

Difícil sería señalar paso á paso la senda recorrida en un período relativamente breve por este distinguido pintor; mas ha de sernos lícito observar que la cantidad de la producción se halla en relación con la calidad, y que sea cual fuere el género que ha cultivado, lleva impreso el sello de su carácter y de su temperamento.

Hoy ofrecemos otra vez cumplido testimonio de sus excepcionales aptitudes. Los varios lienzos que constituyen la exposición organizada en el Salón París, pertenecientes á diversos géneros, revelan la valía del artista, son consecuencia, derivación de sus anteriores ensayos; pero distingúense extraordinariamente por el que pudiéramos denominar sabor de localidad, trasunto de los cuadros observados, fidelísima reproducción de los tipos y escenas que sugestionaron al artista, quien ha vencido dificultades, y con la sinceridad que sólo puede inspirar el entusiasmo y la seguridad de aquel que se juzga dueño de su acción, nos da á conocer, por medio bellísimo y agradable, algo que revela la existencia de nuestro pueblo, que revive ante nosotros por el esfuerzo y el ingenio del artista.

Véanse los lienzos á que nos referimos, hoy gala del Salón en que se hallan expuestos, medio de atracción para los aficionados é inteligentes y evidente testimonio de la valía de su autor. Varios son los temas, y aunque en todos ellos manifiéstase con absoluta claridad el objeto que los informa, cual es el de la representación exacta, sin recurrir á los extremos del doctrinarismo de escuela, revélase con mayor intensidad el artista que imprime á su obra el caudal del sentimiento que le embarga, delicado y apacible cuando representa las dulces y simpáticas escenas del hogar ó los cuadros de costumbres, el modo de ser y cuanto constituye la acción y la laboriosa existencia de los pescadores de nuestras costas, ó bien conmovedor, rudo y tan violento que emociona y aviva cuando inspiran su noble tarea llagas sociales, dramas anónimos, desdichas y crueldades que afectan á la generalidad. Tales consideraciones sugiere el examen de los lienzos, notables bajo diversos conceptos, que figuran en la exposición. El que reproduce un interesante grupo de bellas y jóvenes encajeras, situadas en uno de esos patios tan característicos y propios de las blancas viviendas de los pueblos de la costa catalana, con los mundillos sobre las rodillas, labrando con aparente sencillez y facilidad esas blondas que tan justa celebridad merecen, es digno de alabanza por lo que á la técnica y al procedimiento se refiere, ya que ha debido subordinarse el pintor á una tonalidad preñada de dificultades, sosteniendo la entonación delicada y suave, sin acentuar la grisácea, y produciendo efectos con plausible limitación de recursos. Cuanto al concepto, justo es afirmar que no cabe establecer mayor armonía y consorcio de ternura y sentimiento, puesto que tales impresiones determina la agrupación formada por las jovencitas, cuyos trajes, en relación con la blancura y brillantes del medio en que actúan, revelan en todo pureza y laboriosidad.

Siguen á este lienzo el titulado *El columpio*, representando á una niña balanceándose reclinada perezosamente en las cuerdas que sirven de amarra á una barca; el que reproduce un grupo de pescadores en el acto de regresar de su penosa tarea, y el que el autor denomina *El celo*, obra que por sí sola bastaría para formar la reputación del pintor. La entonación, los tipos, sus actitudes, los pormenores más insignificantes; todo, en fin, rebosa verdad, y reviste tan extraordinario relieve, que atrae y seduce con igual influjo que determina la realidad. Los contrastes que producen las oscuras figuras de los marinos, á contra luz, destacándose sobre un fondo brillante y luminoso, están magistralmente interpretadas y hábilmente entendidas, adquiriendo forma y cuerpo con la rigurosa propiedad del natural.

Si bien el ventajoso concepto que merece, en el mundo del arte, Laureano Barrau tiene como punto de partida, como jalón glorioso, la fecha en que produjo su notable lienzo *Gerona en 1809*, justo es consignar que aquella gallarda manifestación del ingenio y del esfuerzo del pintor no constituye ni sintetiza el caudal de sus merecimientos. En su ejecutoria consígnase, en primer término, la pensión obtenida en reñidas oposiciones, que le permitió trasladarse á Roma y residir en la Ciudad Eterna el período que pudiéramos llamar de formación, y después su copiosa producción, asimilándose y ajustándose á los sucesivos cánones y conceptos que á la postre han determinado la evolución que como consecuencia han producido el renacimiento artístico contemporáneo.

Producto de su aprovechamiento en nuestra Escuela de Bellas Artes fué la pensión «Fortuny» concedida, según hemos dicho, en nobilísimo palenque por la corporación municipal de nuestra ciudad; resultado de ella y de su provechosa residencia en Roma fué el gran lienzo conmemorativo de un hecho glorioso, de la épica lucha de la heroica ciudad, que demuestra su temperamento de artista, su extraordinario aliento, y que la crítica juzgó ventajosamente, no parando mientes en los defectos que pudiera tener la obra, sorprendida por sus bellezas.

Posteriormente, el nombre de Barrau figura en las diversas fases de la producción, evolucionando separadamente y con carácter personalísimo, aunque las más de las veces haya actuado sometido á la impresión de exóticas influencias.

Hubo un período que, sugestionados nuestros artistas por la tendencia de la escuela ruralista transpirenaica, formaron una escuela regional, trataron de reproducir el ruralismo catalán en todas sus manifestaciones; mas como todos los pintores ó su inmensa mayoría oficiaban en calidad de neófitos, no llegaron á discernir las diferencias que había de determinar la localidad, y confundieron el concepto con el procedimiento, la tendencia con la técnica que había de informar la producción. Olvidáronse de la razón estética y reprodujeron lo rudo, la materia observada, trasladando á sus paletas las grisáceas tonalidades que convertían sus lienzos en exóticas obras, hasta el punto de confundirse con las producciones de los ardientes campeones de la escuela transpirenaica. Barrau no se sustrajo á la influencia del contagio; pero entonces como siempre, fijó su carácter, su temperamento y su personalidad, aceptó el concepto, que se ajustaba á su credo artístico y á su nacionalismo y modificó la plástica, amasando en su paleta las tonalidades que reflejaban la región, ya que los tipos, escenas y cuadros reproducían el modo de ser y la vida campestre de nuestro país. De este modo de ser singular y especialísimo parten sus triunfos y su nombradía, que para gloria del artista



LAUREANO BARRAU

Réstanos hacer especialísima mención del sugestivo cuadro titulado *España. 1808*. Representa el interior de un vagón de ferrocarril, en cuyos desnudos bancos hállanse sentados varios infelices repatriados, un grupo de héroes anónimos, que demacrados, febriles, casi exangües, regresan al hogar para morir entre los seres queridos, allá, en el pueblo que tan ansiosamente evocó su espíritu en las penosas jornadas, en los combates y las soledades del hospital. No cabe, ciertamente, escribir una página más real, más viva y elocuente del desastre; no es posible describir con más intensos colores la última etapa del tristísimo calvario de nuestras desventuras, ni exponer á la consideración de todos el cruento sacrificio soportado por aquellos desgraciados á quienes un deber imperioso y brutal obligó á abandonar el hogar, la familia y la patria para presenciar la ruina, el desmoronamiento de lo que constituía nuestra grandeza, y arrastrados y confundidos con ella, regresar con el espíritu angustiado y el mortífero germen en el organismo.

A. GARCÍA LLANSÓ.

cido aún, ni desaparecerá, toda vez que, hasta entre los más empedernidos materialistas, la poesía existe, porque tiene que existir allí donde haya armonía, y la Naturaleza es un todo armónico. Existiendo la poesía, tiene que existir la forma de la poesía, siquiera la forma sea algo accidental; pues yo creo que lo accidental es muchas veces necesario y que casi forma parte de la esencia de las mismas cosas.

¿No os habéis encontrado nunca con trozos de verdadera poesía escritos en prosa que parecen estar pidiendo á voces la robusta entonación y la sencilla elegancia del verso inspirado y fluido? Y á veces, ¿no encontrasteis también en esos trozos de poesía algo así como pedante ampulosidad, ampulosidad que desaparecería convirtiéndose en fluidez en el momento en que viniera á completarlos la forma de que carecen?

No era mi propósito desarrollar una tesis, ni quiero desarrollarla; mi objeto es el de hablaros de ese gran poeta que se llama pueblo; de ese conjunto que siente con intensidad y que dice lo que siente con extraordinaria sencillez.

Para probar que el pueblo es el mejor poeta, no se necesita hacer profundos estudios, acumular datos ni extenderse en consideraciones interminables; basta conocer los cuatro versos con que encabezo estas líneas. Son una hermosa y verdadera poesía con forma, con la forma que tienen todas las poesías del pueblo, con la forma del cantar, sin la cual la poesía popular desaparecería.

Esos cuatro versos no están firmados por notable autor, ni se han escrito en ninguna parte, y sin embargo, nadie los ignora, porque son debidos al pueblo poeta.

Yo, que soy muy aficionado á buscar el origen de las cosas, sé perfectamente cómo la canción citada vino á aumentar las sentidas y hermosas poesías de la musa del pueblo.

del miserable tabuco, y salió al mundo con nerviosas vibraciones, rugientes é iracundas.

¿Supo aquel joven lo que había dicho? ¿Puede considerarse esa copia caprichoso juego de palabras, ó es, por lo contrario, el grito desgarrador de un alma aprisionada en la envoltura de viciosa materia? Aquellas palabras que enseñaban amarga y profunda verdad brotaron de su boca á borbotones, porque necesitaba lanzarlas al mundo como gimiente protesta. ¡Era malo y lo deploraba! Pero ¿cómo ser bueno? Colocado en la resbaladiza pendiente del vicio, aquella noche en que habían concertado un robo, sin darse cuenta de ello, fué la representación del pueblo poeta, porque al rasgarse de la guitarra gimió dolorosamente su alma y salieron de su boca unos versos reflejo fiel del estado de su espíritu.

He ahí el origen de ese cantar que, más de una vez, ocupando dolorosamente mi atención, ha llenado mi alma de desconsoladora tristeza.

En mis noches de insomnio he adivinado un mundo de espantosas tenebrosidades; he visto degradarse al hombre, en fatal progresión, hasta quedar reducido al estado de miserable bestia; he encontrado al ser humano inferior á todo, sin necesidad de hacer profundos estudios, sin otra cosa que penetrar el sentido de una gimiente poesía: de esos cuatro versos. He creído siempre que la cárcel y el presidio no son sólo para encerrar á los hombres; creo que una y otro tienen una misión alta, hermosa, sublime: corregir por medio de la luz intelectual, y en ellos...

¡el bueno se torna malo y el malo se hace peor!

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.



EL COLUMPIO, cuadro de Laureano Barrán (Salón Parés)

Estaban de broma cuatro amigos; mala gente: de esa torpe que vive la miserable vida del vicio. Meneábanse los tragos; crecía la algarazara; escuchábase palabrotas de taberna seguidas de estrepitosas risas, y á los dulces acordes de la moruna guitarra, de airoso mástil, una voz impregnada de tristeza entonó el cantar por primera vez. Era aquella la de un joven de veinticinco años, fornido, alto, moreno, de brillantes ojos, fuerte, robusto, plétórico de vida, y al cantar, aquel poético conjunto de notas, de amargo dejo, se extendió por la viciada atmósfera



Regreso de la pesca, cuadro de Laureano Barrán (Salón Parés)

